

y oponer á los escritos elocuentes que el filosofismo multiplicaba hasta lo infinito otros escritos capaces de hacerles contrapeso. Cuando Lutero se mostró con todo su ardor, el error sorprendió á los católicos casi desarmados en sus campos, y se respondió con demasiada debilidad á sus ataques. El protestantismo se aprovechó de este primer momento de sorpresa para apresurar sus triunfos. Pero en breve la marcha le fue cerrada por talentos poderosos, y en el siglo xviii sus líneas fueron rotas enteramente, y se vió batido en todas partes. Cuando la guerra contra la Iglesia cambió de táctica, el clero se encontró quizá todavía mucho menos preparado para sostener el choque. Los escritos escolásticos de los jansenistas encontraron todavía adversarios vigorosos que los combatieron con vigor. La erudición eclesiástica estaba aun entonces cultivada por hombres de primer orden. En Italia se encontraban los Muratoris, los Zacarias y los Orsis, y en Francia D. Cellier publicaba sus inmensos trabajos, mientras que la congregación de S. Mauro continuaba produciendo hombres célebres, como D. Mabillon. Pero no eran libros en folio los que se necesitaban para responder á los folletos de Voltaire. Estos libros enormes dormían en las bibliotecas, mientras que los librecos satíricos del filósofo derramaban el veneno de la incredulidad entre los pueblos. Como la lengua francesa era en aquella época la lengua europea, para paralizar la funesta influencia de las obras de Rousseau, de Montesquieu, de Buffon y de Voltaire, habría sido necesario establecer enfrente de sus tribunas una tribuna católica tan viva y tan elocuente como ellas. Desgraciadamente no era así. Desde la muerte de Masillon el púlpito estaba mudo, y entre los escritores católicos Bergier ocupaba el primer rango. Despues de él nos vemos reducidos á citar algunas cartas espirituales del abate Guené, los trabajos de Guerin del Rocher, y las compilaciones del jesuita Nonotte, que incomodó á Voltaire haciendo la adición de sus errores históricos. Las censuras de la Sorbona venían al apoyo de la verdad; pero en un siglo tan frívolo no excitaban sino la burla, ó provocaban nuevos excesos. Basta echar una ojeada sobre las numerosas producciones que la incredulidad dió á luz entonces, para comprender cuán impotentes habian de ser contra ella unos medios tan débiles.

§ III. De las letras, de las artes y de las ciencias durante el siglo XVIII en Europa.

DÉ LAS LETRAS EN FRANCIA.

El siglo xviii fué todavía mas fecundo en escritores de todo género que el xvii. Para juzgar de ello al simple cálculo, daremos un cuadro de los principales autores que en Francia adquirieron un nombre en las letras.

POETAS DRAMATICOS.

Voltaire, muerto el 30 de mayo de 1778.

Brueys, murió en	1723	Guimond de la Touche, mu-	
Campistron	1723	rió en	1760
Dufresny	1724	Lanoue	1761
Dancourt	1728	Desmahis	1764
Baron	1729	Crebillon	1762
Ducerceau	1730	Marivaux	1763
Lamotte	1731	Panard	1765
Lesage	1747	Henault	1770
Lachaussée	1754	Piron	1773
Destouches	1754	Du Belloy	1775
Fagan de Lugny	1755	Gresset	1777
Guyot de Merville	1755	Dorat	1780
Fontenelle	1757	Saurin	1781
Boissi	1758	Lefranc de Pompignan	1784
Lagrange	1758	Favart	1792
		Laharpe	1803

OTROS POETAS.

*Madama Deshoulières, mu-		Tomas, murió en	1785
rió en	1718	Federico II.	1786
Chaulieu	1720	Feutry	1789
J.-B. Rousseau	1741	Berquin	1791
Lebrun (A.-L.)	1743	Andrés Chenier	1794
Pellegrin	1745	Roucher	1794
Racine (Luis).	1763	Florian	1794
Malfilâtre	1767	Saint-Lambert	1800
Colardeau	1776	Lebrun (Ecouhard).	1807
Gilbert	1780	Delille	1815

POETAS LATINOS.

Jouvençy, murió en	1719	El cardenal de Polignac,	
Grenau	1723	murió en	1741
Hersan.	1724	Porée	1741
Boivin	1726	Coffin	1749
Samadon	1733	Marsy	1763
Vanière	1739	Lebeau	1778
		Desbillons.	1789

HISTORIADORES.

Fleury, murió en	1723	Berruyer	1758
Choisy.	1724	Velly	1759
Rapin Thoiras, murió en	1725	Lebeuf	1760
Lobineau	1727	Charlevoix	1761
Daniel	1728	Mezinguy	1763
Villars	1734	Crevier	1765
Longneval	1735	Henault	1768
Vertot	1735	Lebeau	1777
Beausobre	1738	Sainte-Palage	1781
Rollin	1741	Millot.	1785
Rougeant	1743	Anquetil	1805
Racine (el abate)	1755	Garnier	1805
Margarita de Lussan.	1757	Gaillard	1807

HISTORIADORES ERUDITOS..

Helyot, murió en	1716	Montfaucon, murió en	1741
Baluze	1718	La Martinière	1749
Elies Dupin	1719	D. Rivet	1749
Huet	1721	Freret	1749
Basnage	1723	D. Bouquet	1754
Hardouin	1729	Caylus	1765
Niceron	1738	Ferret de Fontette	1772

LITERATOS EN DIVERSOS GÉNEROS.

Madama Dacier, murió en	1720	Ranier, murió en	1741
Dacier	1722	Dubos	1742
Boulainvillers	1722	Gedoyne	1744
Sacy (L. de)	1727	Desfontaines	1745
Duguet	1733	Lesage	1747

Terrasson, murió en	1750	De la Baumelle murió en	1773
Duperron	1752	La Condamine	1774
Dumarsais	1756	Laporte	1779
Pluche	1761	Batteux	1780
Bouquainville.	1763	D'Anville	1782
Trublet	1767	Hubigant	1785
D'Olivet	1768	Mably	1785
Duclos	1772	Gueneau de Montbeillard	1785
La Bletterie	1772	Barthélemy	1795

FILOSOFOS.

El abate de Saint-Pierre,		Rousseau, murió en	1778
murió en	1743	Condillac	1780
Vauvenargues	1747	Turgot.	1781
La marquesa del Chatelet.	1749	D'Alembert	1783
Lametrie	1751	Court de Gebelin.	1784
Montesquieu	1755	Diderot.	1784
Maupertuis	1759	Buffon	1788
Boulangier.	1759	D'Holbach.	1789
Masson Desgranges	1760	Condorcet.	1794
El P. André	1764	Raynal.	1796
D'Argens	1771	Marmontel.	1799
Helvétius	1772	Dupuis.	1809

ORADORES DEL PULPITO.

Anselmo, murió en	1737	Clément, murió en	1771
Massillon	1742	Neuville	1774
Segau	1748	Poulle.	1781
Seguy	1761	El P. Elizée	1783
Lafiteau	1764	Boismont	1787
La Tour du Pin	1764	M. de Bauvais.	1790
Bridaine	1767	M. de Boulogne	1825

ORADORES DE LOS TRIBUNALES.

Gilet, murió en	1720	Pothier, murió en	1792
Cochin.	1747	Linguet.	1794
D'Aguesseau	1751	Beaumarchais.	1799
Gerbier	1788	Tronchet.	1806

ESCRITORES ECLESIASTICOS Y APOLOGISTAS.

Fréron, murió en	1776	Guénéé, murió en.	1803
Laurent François	1782	Guenard.	1806
Pluquet	1790	Gérard.	1815
Bergier	1790	Barruel.	1820
Richard	1794	El cardenal de la Luzerne.	1821

Esta literatura del siglo XVIII, tan rica y tan fecunda, tuvo la desgracia de ponerse casi toda al servicio de la incredulidad. En el siglo anterior, Bayle había reunido en su vasto *Diccionario* todas las ideas que atravesaron la inteligencia humana, y acerca de todas las cuestiones imaginables se esforzó en establecer una especie de equilibrio entre las opiniones mas contradictorias, á fin de inferir de ello la imposibilidad de afirmar nada con certidumbre. Este escepticismo doloroso, encerrado en libros enormes en folio, no se usaba sino entre los sabios. Pero el siglo XVIII se apoderó de él, lo derramó en folletos y libritos, lo adornó con chistes, y así lo hizo popular.

Sin embargo, es de observar que los filósofos no fueron al principio tan audaces, ni tan temerarios como despues. El mismo Voltaire, aunque participaba de esa ligereza y frivolidad de principios que caracterizan á sus contemporáneos, no solo no se mostró muy independiente en sus primeros escritos, sino que profesó una sumision de cortesano para con toda especie de autoridad. No se emancipó ampliamente sino despues de haber obtenido los aplausos del teatro y la amistad de algunos grandes señores. La literatura del siglo XVIII, personificada completamente en él, guardó igualmente mucha reserva y moderacion durante sus primeros años. Fue impelida á la corrupcion y á la incredulidad por los desórdenes del regente; pero no obstante aparentó respetar la vejez de Fleury, y solamente despues de la muerte del cardenal se dió libre campo á sí propia en medio de las afrentas que manchaban el trono y la corte de Luis XV.

Entre los escritores que se hicieron apóstoles de las nuevas

doctrinas, cuatro hombres para siempre célebres vinieron á colocarse en el primer rango: Voltaire, Rousseau, Montesquieu y Buffon. Voltaire trató todos los asuntos, tomó todos los tomos, hizo con la misma facilidad versos y prosa, atacó el catolicismo por medio de la ridiculez, del racionio y de la burla. Genio universal, escribió la historia, compuso folletos, imaginó cuentos, enriqueció el teatro con piezas admirables. se elevó hasta lo serio de la epopeya, dejó salir de su pluma una infinidad de cartas familiares, de poesías eróticas y ligeras, estudió las ciencias exactas segun Newton, sostuvo con brillo una correspondencia muy extensa, y fue coronado rey de los bellos talentos de su época. Rousseau, filósofo á la vez y romancero, embelleció todos los sofismas que le embaucaron, con todo el prestigio de la elocuencia, y coloreó sus hipótesis y utopias insensatas con un calor de imaginacion que los hizo seductores. Montesquieu, en su calidad de legista, quiso penetrar á fondo todas las instituciones sociales. Despues de haber dejado penetrar en sus *Cartas persas* una sátira amarga de todas las creencias y religiones, aplicó el sensualismo á las sociedades en su *Espiritu de las leyes*, y lo explicó todo por la influencia del clima. Buffon puso al mismo tiempo al servicio de las ciencias la perfeccion inimitable de su estilo. La dichosa fecundidad de su imaginacion hizo halagüeños los estudios que siempre habian desesperado por su aridez al mayor número de los talentos.

Estos cuatro genios fueron los oráculos del siglo, y la Francia fue para ellos una tribuna desde la que su palabra se esparció en toda la Europa. Cualquiera que haya sido su influencia, no se puede decir sin embargo que hayan formado escuela. Uno de los caracteres particulares del siglo XVIII es que los numerosos escritores que produjo fueron otros tantos individuos aislados que tenian sus ideas y doctrinas propias. El deseo de echar abajo al catolicismo los unió; pero al mismo tiempo que participaban del mismo pensamiento de odio, no tuvieron ningun respeto, ni deferencia unos por otros. Voltaire, el gran árbitro de la fama, hacia un epígrama sobre el libro del *Espiritu* de Helvecio, detestaba á Rousseau, y nada

bueno encontraba en el baron de Holbach, sino las grandes comidas que la filosofía acostumbraba tomar en su casa. La *Enciclopedia*, que es la grande obra de unidad emprendida por este siglo, refleja universalmente en su ejecucion esa falta de conjunto y de armonia.

De aquel egoismo anárquico resultó una profunda decadencia en las letras. El pensamiento no fue en breve sino un juguete, una materia de especulacion mercantil que cada cual quiso explotar. Como la reputacion de autor daba á un hombre importancia y poder, todos se pusieron á escribir, y la prensa inundó la Francia y la Europa de producciones apresuradas, desprovistas de toda solidez. Se multiplicaron demasiado las novelas y los diarios; los que no podian pensar por sí mismos repetian lo que habian oido decir, y de este modo sembraban entre el pueblo las mas escandalosas paradojas.

Las inteligencias superiores, arrastradas por el torrente, aspiraron á una especie de universalidad que las condenó á permanecer superficiales. Se negaron á conceder á los géneros diversos una cultura distinta; así es que sus producciones fueron muy inferiores á las del siglo precedente. Voltaire sobresalió en la tragedia, sin igualar á Racine ni á Corneille; la comedia, en lugar de Molière, tuvo por representantes á Destouches, Gresset y Marivaux; entre los moralistas, Labruyère sucedió á Vauvenargues; la filosofía, despues de haber sido honrada con los grandes nombres de Descartes, Malebranche, Bossuet y Fenelon, se vió reducida á Condillac, que no pensaba sino como Locke y Bacon; la oracion fúnebre quedó muda; el abate de Boismont, el abate Poulle y el P. Neuville reemplazaron en el púlpito á Bossuet, Bourdaloue y Masillon, Le Franc de Pompignan se esfuerza en elevarse en la oda á la altura de Rousseau. En todos los géneros la decadencia es manifiesta.

Los errores del sensualismo, las falsas teorías que edificaron á tanta costa sobre la naturaleza del lenguaje, tienden aun á justificar por medio de los racionios y de los principios el desden de la forma. Se declama contra el estilo en beneficio

de la idea, como si estas dos cosas no fuesen inseparables, y se sueña una especie de lengua algébrica, cuya única ventaja seria matar la imaginacion y quitar á la palabra humana sus encantos y coloridos.

Dichosamente en estos últimos tiempos, cuando los espíritus exaltados despreciaban, sin pensar en ello, todas las reglas invariables de lo verdadero y de lo bello, comenzó á manifestarse una gloriosa reaccion. Delille, Bernardino de Saint-Pierre, Florian y el autor de Anacársis se mostraron como una esperanza á la juventud engañada. Parece que la Providencia cuidó de que el buen gusto no tuviese interregno entre nosotros.

DE LAS LETRAS EN LAS DEMAS NACIONES

Habiendo tenido la literatura francesa un carácter del todo práctico, al hablar de todas las literaturas extranjeras trataremos siempre de la influencia que ejerció en cada nacion, porque la filosofía del siglo XVIII trastornó las ideas de tal modo, que en todas partes produjo cambios inmensos.

De la literatura inglesa. A Inglaterra es donde la filosofía volteriana fué á buscar sus inspiraciones. Las obras de Locke y de Bacon fueron traducidas, y de este modo se inauguró entre los Franceses el culto de los sentidos. Hacia el fin del siglo XVII y al principio del XVIII, hubo en la Gran Bretaña una especie de movimiento escéptico y epicúreo á la vez que influyó mucho sobre los extravíos desgraciados de nuestros escritores mas célebres. Los Collins, los Tindal y los Bollingbroke proclamaron en sus numerosas publicaciones un desprecio culpable de todas las leyes de la religion y de la moral. La Francia, enardecida por sus pensamientos, influyó á su vez sobre la literatura inglesa en cuanto á la forma y en cuanto al espíritu. Así se estableció entre las dos naciones un cambio de ideas muy singular y extraordinario. Thompson trasportó á la escena la regularidad y perfeccion del teatro francés; pero su poema de las *Estaciones* recordó á nuestros poetas la pintura exterior de la naturaleza, que la filosofía les